

CELCIT. Dramática Latinoamericana 405

EL AMOR DE LAS LUCIÉRNAGAS

Alejandro Ricaño

PERSONAJES: M (8) / F (6)

María

Lola

Tendero

Papá

Mamá

Padre

Rómulo

Ramón

José

Jesús

Niña

Maestra

Sobrecargo

Chofer

I.

Bergen, Noruega.

María: Entonces. La contemplo al final del vagón del funicular. Entre el vaivén de la gente. Aparece. Desaparece. Y algo en ella me resulta familiar. Algo, no sé, sus pequeños movimientos. Algo, es sólo que no logro atinar qué. Pero no alcanzo a ver su rostro. Intento acercarme un poco, ¿no? pero no puedo ir muy lejos. La multitud. La jodida multitud. Busco descubrir su rostro. Nada. La cima del monte Floyen, anuncian. Me escurro entre la gente. El funicular se detiene. La gente no se mueve. Y yo, varada a medio vagón. Mierda. Busco entre los huecos. Está

dejando el funicular. ¡Carajo! Me asomo por la ventana. Ahí está, por fin. Voltea. (Pausa) Mis piernas vacilan. Siento un dolor que me pellizca el estómago. (Pausa) Es... idéntica a mí... exactamente idéntica. Tiene mi ropa... mis gestos... ella, afuera del funicular, contemplando la estúpida Bergen desde la cima del monte Floyen... ¿Por qué hay un jodido duplicado mío en el fin del mundo? Me punza la cabeza. Trastabilleo. Alcanzo a escuchar mi cabeza rebotando contra el suelo. ¡Qué mierdas!- grita un gordo noruego con la sangre de mi cabeza salpicada en sus zapatos- ¡Qué mierdas!-

II.

Aeropuerto de la ciudad de México. María en un teléfono público; del otro lado de la línea, Lola.

María: ¿Lola?

Lola: ¿Bueno?

María.- ¿Lola, me/ escuchas?

Lola.- ¿Bueno?

María.- Puta madre. ¿Lola? ¿Lola, me/ escuchas?

Lola.- Ya.

María.- ¿Lola, ya me escuchas?

Lola.- Te escucho, idiota.

María.- Ya. Lola, me voy a Bergen.

Lola.- ¿A dónde?

María.- Bergen. Bueno, en realidad llegaré primero a Oslo.

Lola.- ¿A dónde?

María.- A Oslo.

Lola.- ¿Dónde carajos es Oslo?

María.- En Noruega, en la península escandinava.

Lola.- ¿La península qué?

María.- ¡Voy al puto norte de Europa, Lola!

Lola.- ¿A qué?

María.- A vivir.

Lola.- ¿Al norte de Europa?

María.- Indefinidamente.

Lola.- ¿Eres idiota?

María.- Mucho, Lola.

Lola.- ¿Por eso te vas al norte de Europa?

María.- Ella tenía calcetines, Lola.

Lola.- ¿Calcetines? ¿Quién tenía calcetines?

María.- Escucha, sólo hablo para decirte que te amo.

Lola.- ...

María.- ¿Lola?

Lola.- ¿Qué?

María.- ¿Me escuchaste?

Lola.- Sí.

María.- Eres mi mejor amiga, Lola.

Lola.- No tienes más amigas, María.

María.- Bien, Lola, si tuviera más amigas, serías mi mejor amiga, de entre todas ellas.

Lola.- Pero no tienes más amigas.

María.- Escucha, Lola, es posible que no vuelva a verte, trata de imaginarme rodeada de amigas, ¿de acuerdo?

Lola.- ¿Como si fueras popular?

María.- Putísimamente popular.

Lola.- Es difícil.

María.- Bien, Lola, eres mi única amiga, qué le voy a hacer. Y te voy a extrañar, ¿te basta eso?

Lola.- ¿Por qué te vas hasta Noruega?

María.- Ibsen es de Noruega.

Lola.- ¿Quién? ¿Estás saliendo con alguien?

María.- Escucha, Lola, tengo que colgar.

Lola.- ¿Quieres que te preste mi jorongo de lana?

María.- Me tengo que ir. ¡Te amo Lola!

Lola.- ¿Quieres?

III.

María:

El horizonte de luces.

Las gotas en la ventanilla,

Alargándose mientras despegamos.

El tironcito hacia arriba, que me revuelve el estómago.

Un alemán a mi lado, crudísimo, babea y se tuerce el cuello contra la ventanilla.

Hubiera querido que me tocara a mí.

Pegaría la frente al vidrio y vería las nubes.

Y después las ciudades, allá abajo.

Y me daría cuenta, de pronto, que ocupamos apenas pequeños pedacitos del mundo.

Pero el estúpido alemán tuvo más suerte.

Ganó la ventanilla.

Para recargar su cabeza grasosa y calva mientras babea por la comisura izquierda de la boca.

El Atlántico, a diez mil pies de nuestros pies.

El carrito con las bebidas en el pasillo del avión.
Tintinean las botellas.
Jugo de manzana sin hielo, por favor.
Y para él un suero, le digo a la azafata señalando al alemán doblado sobre sus rodillas.
Pero ella no se ríe.
Estúpida azafata.
Me pican los brazos.
Pienso en Rómulo de pronto.
¿Y si no volviera a verlo?
Imagino nuestra cabaña en el mar.
Frente al Caribe azul turquesa
Violáceo, hasta al fondo.
Tan apacible.
Y la arena blanca que no te quema lo pies.
Es importante, le dije a Rómulo, que la arena no te queme los pies.
Porque no soporto verte con sandalias.
Porque de sobra sabes, que por encima de todas tus otras cosas, lo que más amo son tus pies.
Por eso escogimos una playa en el Caribe,
Donde la arena se mantuviera fresca incluso al medio día.
Para construir nuestra cabaña.
Y un bar para extranjeros jubilados, dijiste.
Por eso, desde que tenemos quince años,
Desde ese primer beso, torpe y arrebatado,
Con el que te rompí los labios con mis braquets.
Guardamos cada peso,
Cada centavo,
Hasta el último.
Para construir un día una cabaña en el mar
Y un bar para jubilados extranjeros.
Y retirarnos del mundo.
Indefinidamente.
Dijiste.
Hasta que vi sus pies
Rodeando tu torso.
Apuntando hacia el techo
Bailoteando.
Con esos estúpidos calcetines.
Es una descortesía, me decías todo el tiempo,
Que uno no se quite los calcetines para hacer el amor.

Con lo friolenta que soy,
Me lo recordabas cada vez.
Y con ella, en cambio, parecía no importarte.
Aterrizamos.
Ocho horas en tren
Hasta Bergen.
El paisaje se renueva a través de la ventana.
Montañas y lagos.
Cascadas y bosques.
Pero yo sólo he venido a babear y torcerme el cuello.
Alguien toca mi hombro para despertarme.
Llegamos.
Y me pregunto muy consternada.
¿Qué carajos hago en Bergen?

IV.

María.- Querida Lola, te escribo este mail para decirte que estoy bien. Noruega es putísimamente divertida. El sol sale sólo tres horas, ¿puedes creerlo? Tres horas. El resto del día es gris y oscuro, muy alegre, a menos cuatro grados de temperatura. Ayer escuché el golf por la radio y vi dos partidas de ajedrez en la televisión. Después me tomé una botella de vodka en el cuarto. Te regalan una pistola en la compra de una botella, ¿sabes? Si el domingo no me doy un tiro al medio día, te escribo por la noche.

Besos, María.

PD. Esta mañana, después de mucho, Lola, desperté con ganas de escribir y no tengo mi máquina -sí, Lola, sigo resistiéndome a las computadoras- hay un mercado de pulgas al final del muelle, tal vez ahí encuentre una.

V.

María: ¿Cómo gratis?

Tendero: ¿Qué hace usted aquí?

María: Intentando comprar una máquina de escribir.

Tendero: En Bergen. ¿Qué hace usted en Bergen?

María: Estoy de paseo. ¿Por qué gratis?

Tendero.- ¿De paseo en Bergen?

María.- De paseo ¿Hay algo malo con ella? ¿No sirve?

Tendero.- ¿Viene por los fiordos?

María.- ¿Por los qué?

Tendero.- Los fiordos, ¿viene a visitar los fiordos?

María.- ¡Los fiordos! Claro, Estaba en México y dije: voy a cruzar el mundo para visitar los fiordos. No sé qué carajos son los fiordos.

Tendero.- ¿Y entonces a qué vino a Bergen?

María.- ¿No hay otra cosa que hacer además de visitar los fiordos?

Tendero.- No.

María.- ¿Y ustedes que hacen todos los días, visitan los fiordos?

Tendero.- Para los turistas, no hay mucho que hacer además de visitar los fiordos.

María.- No soy una turista. Pienso quedarme indefinidamente.

Tendero.- ¿En Bergen?

María.- Ya me sedujeron los fiordos. ¿Qué tiene la máquina?

Tendero.- Nada. Es vieja.

María.- Su madre también es vieja.

Tendero.- La gente cree que está maldita.

María.- ¿Su madre?

Tendero.- La máquina.

María.- ¿Sí?

Tendero.- La gente cree que fue embrujada.

María.- ¿Por qué iban a creer eso? Ustedes son europeos, las supersticiones son para el tercer mundo.

Tendero.- Le doy cincuenta euros si se la lleva.

María.- ¿Cincuenta?

Tendero.- Y esta litografía de Munch.

María.- ¿Puedo dejar la litografía de Munch?

Tendero.- Sí.

María.- Hecho.

VI.

María:

Cuando vivíamos en Tijuana teníamos una litografía de Munch.

¿Por qué grita ese hombre? Le pregunté a mi papá.

Papá: Debes ser porque está en Noruega.

María: ¿Dónde está Noruega?

Papá: En el fin del mundo, María.

Entonces vivíamos en la calle de Guillermo Prieto 56.

Hasta que un día Lola, con un plumón, rayó “del culo” al lado de Prieto.

Entonces vivíamos en Guillermo Prieto del Culo 56.

Mi papá estaba encabronadísimo.

Papá: ¡Ese era un poeta!

Decía jalándose los cabellos que le quedaban.

Papá: ¡No como el pendejo de Octavio Paz! ¡Los letreros de las calles con su nombre son los que deberían rayar!

A Paz lo odiaba desde que le habían dado el Nobel, tres años atrás. Decía que era lo mismo que Ricardo Arjona pero en endecasílabos.

Cada quién sus ideas.

¡El pendejo de Salinas le compró el Nobel y ahora vamos a tener que recordarlo como nuestro más grande escritor!

A Salinas lo odiaba, decía mi mamá, como había odiado a todos los presidentes desde que tenía memoria.

Los amaba cuando eran candidatos y luego los odiaba cuando eran presidentes.

En ese tiempo, por ejemplo, amaba a un sonoreense que se apellidaba Colosio.

Creía en él como no había creído en ningún otro candidato.

De modo que cuando se anunció que Colosio visitaría Tijuana mi papá comenzó a contar los días.

Mi tía Socorro vivía en la calle de La Punta en Lomas Taurina, donde el candidato iba a pronunciar su discurso. Ese día llamó a la casa.

Pusieron el templete, le dijo a mi mamá, justo en frente de la casa; vente para que veamos al Colosio desde balcón.

Mi papá estaba muy emocionado y nos fuimos desde temprano, pero cuando llegamos había carros atravesados y gente bloqueando las calles.

Cuando pudimos llegar al balcón de mi tía, Colosio ya había terminado su discurso y empezaba a caminar pendiente abajo.

Mi papá estaba echándole la culpa a mi mamá de haber llegado tarde, cuando vimos que alguien le dio un balazo en la cabeza al candidato.

Todos entramos corriendo a la casa, pero mi papá, en cambio, se quedó inmóvil en el balcón viendo como Colosio se desmoronaba en los brazos de otro señor.

Quizá ese haya sido el día más triste de su vida, dice mi mamá.

Después de escuchar por la noche en las noticias que Colosio había muerto, regresamos a la casa y mi papá no abrió la boca hasta el día siguiente sólo para decir que nos regresábamos a Coatepec,

Un estúpido pueblo en Veracruz en el que la gente sólo hace dos cosas: sembrar café y beber café.

Vendimos todo. Viajamos sólo con nuestras maletas.

Cuando llegamos a la nueva casa, sin embargo, mi papá sacó la litografía de Munch y la colgó en una de las paredes.

Ahora éste es nuestro hogar, dijo.

Y lo vimos tan contento que ni mi mamá ni yo pudimos decirle que la litografía siempre nos había parecido espantosa.

María al teléfono, con Lola.

María.- ¿Lola?

Lola.- ¿María?

María.- Lola, Coatepec es horrible.

Lola.- ¿Por qué?

María.- La gente acá no dice curada, dice chido.

Lola.- ¿Chido?

María.- Y a la soda le dicen refresco.

Lola.- ¿Por qué?

María.- No sé. ¿Y te acuerdas que una vez vimos un volkswawen en casa de tu abuela? Acá hay miles. Les dicen vochos.

Lola.- ¿Cuándo vas a regresar?

María.- Nunca. Todos se burlan de mi acento. Y llueve todos los días.

Lola.- ¿Y no se les llena la presa?

María.- No tienen presa, Lola.

Lola.- ¿Que no tienen presa?

María.- Es horrible, Lola. Quisiera que estuvieras aquí.

Lola.- Dame unos meses...

María.- Mi papá se la pasa tomando y le grita mi mamá.

Lola.- ¿No escucha bien?

María.- Yo nunca voy a tomar Lola.

VII.

Bergen.

María.- Querida Lola, estoy hasta el pito. Como podrás adivinar no me di un tiro; el vodka, en cambio, me lo bebí todo. Estoy hasta el pito, repito. Repito que estoy hasta el pito. Pito. Repito. Repito. Pito. Ji ji ji. Compré ya mi boleto de regreso. También estoy hasta el pito de Bergen. Tengo máquina nueva. Está maldita, pero es nueva, al menos para mí, porque debe estar más estrenada que tú. Ji ji ji. Estoy escribiendo una escena poca madre. Ji ji ji. Ya no sé por qué me río. Es sobre mí misma. Me encuentro a mí misma en un funicular. Es decir, con otra yo, sin todos mis defectos, y le pido que se haga cargo de mi vida, en adelante, porque yo simplemente estoy muy cansada. Y ella acepta. Es una mamada, ¿verdad? Escribo puras mamadas. Me voy a dormir.

VIII.

María:

Mi aliento a vodka me despierta.

El mentón sobre la máquina de escribir,
presionando algunas teclas.

Golpean la puerta

Dos.

Tres veces.

María: ¿Quién?

Nordenjholk: La señora Nordenjholk.

María: ¿...Eh?

Nordenjholk: La señora Nordenjholk

María: ¿La señora quién?

Nordenjholk: Nordenjholk, soy la persona que le rentó la cabaña.

María: Ah. ¿Qué quiere?

Nordenjholk: ¿Me preguntaba si quería subir a la cima del monte Floyen?

María: ¿Para qué?

Nordenjholk: Se puede ver toda la ciudad.

María: ¿Quiere que vea toda la maldita ciudad?

Nordenjholk: El funicular sale en media hora. Es una experiencia única.

María: Suena divertidísimo, señora Neandertal, déjeme lo consulto con la cruda que traigo.

La señora Neandertal se va.

Necesito un gatorade y dos aspirinas.

Deberían cambiar la publicidad de gatorade.

Mostrar gente echa mierda al medio día.

El verdadero mercado.

Vomito un poco al lado de la cama.

Tal vez, a la distancia, Bergen no sea tan fea después de todo, se me ocurre.

Me levanto, me visto, salgo a la calle.

Tengo el tino de salir entre las únicas tres malditas horas de sol.

El estúpido funicular. La fila es interminable.

Finalmente logro subir.

El movimiento me provoca náuseas.

Una mano, al final del vagón, llama mi atención.

Siento de pronto una extraña familiaridad por una mano, sujeta al tubo de seguridad.

No puedo ver a quién pertenece. Es una mujer. Está de espaldas.

La contemplo al final del vagón del funicular

Entre el vaivén de la gente. Aparece. Desaparece.

Y algo en ella me resulta familiar.

Algo, no sé, sus pequeños movimientos. Algo, es sólo que no logro atinar qué.

Pero no alcanzo a ver su rostro.

Intento acercarme un poco, ¿no? pero no puedo ir muy lejos. La multitud. La estúpida multitud.

Busco descubrir su rostro.

Nada.

La cima del monte Floyen, anuncian.

El funicular se detiene. La gente no se mueve. Y yo, varada a medio vagón.

Mierda.

Busco entre los huecos.
Está dejando el funicular.
¡Carajo!
Me asomo por la ventana. Ahí está, por fin. Voltea.
Es... idéntica a mí... exactamente idéntica.
Siento un dolor que me pellizca el estómago.
Tiene mi ropa... mis gestos... ella, afuera del funicular, contemplando la estúpida Bergen desde la cima del monte Floyen...
¿Por qué hay un jodido duplicado mío en el fin del mundo?
Me punza la cabeza. Trastabilleo. Alcanzo a escuchar mi cabeza rebotando contra el suelo.
-¡Qué mierdas!- grita un gordo noruego con la sangre de mi cabeza salpicada en sus zapatos
-¡Qué mierdas!-

IX.

María:
Lola había logrado que su familia se mudara a Coatepec.
Entre otras cosas, cuentan, empezó a vender marihuana en su secundaria.
Yo entonces pensaba que Zedillo era un astronauta porque mi papá decía que era el primer mexicano en la Luna.
El banco nos había quitado la casa en el 96.
Y nos habíamos mudado a un departamentito en Coatepec 2000, que del nuevo milenio no tenía nada.
En la secundaria las cosas tampoco marchaban bien.
Había llegado del norte del país al sur.
Del clima árido y seco, a la humedad.
Mi piel lo resintió. El cuello, los brazos, las corvas de las piernas, cada pliegue de mi piel, cada recoveco que acumulara sudor en mi cuerpo, se invadió de salpullido.
Papá.- Ponle maicena.
Mamá.- ¿Qué voy a hacer con su salpullido, atole?
Papá.- Le va a quitar la comezón.
Llegué a mi primera clase con el cuello irritado lleno de granos y grumos de maicena.
Maestra.- Ella es María, María Celorio. Celorio viene del norte. Celorio tiene una dermatitis. No deben burlarse de ella.
¿Es estúpida? Les acaba de pedir que se rían de mí por lo que resta del año. ¿Y por qué carajos repite todo el tiempo mi nombre, no se da cuenta que es otra razón para burlarse?
Niña.- ¿Qué es una dermatitis?

Maestra.- Es una enfermedad de la piel. Te da comezoncita.

Rómulo.- ¡Tiene sarna!

(Silencio)

Con los codos cruzados sobre su banca, y la cabeza escondida entre los codos, Rómulo levantó la cabeza desde un rincón para repetir:

Rómulo.- ¡Tiene sarna!

Esas fueron las primeras palabras que escuché de su boca.

Rómulo: No quiero que la sarnosa se siente junto a mí.

Y por alguna razón hicieron que me temblaran las piernas.

Sentí una punzada en mi vientre y pensé que debía ser el dolor del amor.

Hasta que Rómulo me dijo:

Rómulo: Te manchaste la falda sarnosa.

María: ¿Qué?

Rómulo: De atrás.

Torcí el cuello para verme y descubrí una mancha roja, muy parecida a una carita feliz, justo debajo de mis nalgas.

Todos habían presenciado mi primera menstruación.

Salí corriendo al baño, pero antes alcancé a oír a la maestra decirles: al que se ría le voy a bajar un punto.

Y todos se rieron.

Rómulo me llamó sarnosa durante todo el año.

¿Hoy no va a sonreírnos tu colita, sarnosa? Me decía.

¿Me regalas un poco de maicena, sarnosa? Mi leche está insípida.

Hasta que un día me esperó a la salida de la escuela y me dijo:

Rómulo: ¿...Quieres ser mi novia?

Y yo le dije que sí, sonriendo con mis braquitos nuevos.

X.

Bergen.

María:

Despierto en una camilla de hospital, con la cabeza vendada.

Me levanto,

Salgo de la habitación,

Corro a través de un pasillo.

Detrás de mí, tres enfermeros.

No alcanzo a entender lo que dicen,

Pero seguro es: regresa, hija de puta, regresa.

Porque no he pagado un solo euro.

Pero estoy asustada.

Cruzo el muelle.

Llego a mi cabaña.
Recojo mis cosas.
Guardo mi boleto de avión.
Contemplo la máquina.
Tiene una hoja a medio escribir.
¿Escribí algo anoche?
No lo recuerdo.
Leo.
(Silencio)
Mierda....
¡Mierda!
Destruyo la hoja.
Arrojo la máquina contra la pared.
¡Qué chingados!
Salgo de la cabaña.
Arrojo los restos de la máquina a un fiordo.
Arrastro la maleta hasta la estación y tomo un tren al aeropuerto.
El mostrador de la aerolínea.
María: Hola, tengo una reservación a nombre de María Celorio.
Sobrecargo: ¿A dónde viaja?
María: México.
Sobrecargo: ¿Me permite su pasaporte?
María: Claro.
(Pausa)
Sobrecargo: Mmh...
María: ¿Hay algún problema?
Sobrecargo: ¿Tiene la clave de su vuelo?
María: No la imprimí. ¿Hay algún problema?
Sobrecargo: Bueno... El sistema marca que usted ya recogió su pase de abordar.
María: ¿Yo?
Sobrecargo: Asiento 32 C, hace quince minutos.
María: Pero si estoy entrando al aeropuerto.
Sobrecargo: ¿María Celorio?
María.- Hasta donde sé.
Sobrecargo.- Usted ya está en la sala de espera.
María.- Pues a mí más bien me da la impresión de que estoy aquí.
Sobrecargo.- Bueno, sí... Estoy un poco confundida.
María.- Imagínese yo.
Sobrecargo.- ¿Se siente bien?
María.- Me está punzando la cabeza.
Sobrecargo.- Su nariz.

María.- ¿Qué tiene mi nariz?
Sobrecargo.- Está sangrando.
María.- Deje en paz mi nariz. ¿Puede darme otro pase de abordar?
Sobrecargo.- Está sangrando mucho.
María.- Sólo deme otro pase de abordar, quiero regresar a mi casa.
Sobrecargo.- No puedo darle otro pase de abordar. Necesita recostarse.
María.- ¿Por qué no puede?
Sobrecargo.- Porque ya se lo di. Creo.
María.- ¿Cree?
Sobrecargo.- De verdad está sangrando mucho.
María.- Sólo deme mi... mi... puta madre...
Alcanzo a ver el suelo acercarse contra mi rostro.

XI.

María:
¿Estoy muerta?
No puedo estar en el cielo, reprobé los autos sacramentales.
Cuando cumplí 17 años, la iglesia se puso de promoción: bautismo, confirmación y primera comunión en un solo paquete.
Aprovecha, dijo mi mamá, más grande te va a dar vergüenza.
Pero igual me dio vergüenza. A las tres platicas obligatorias, fuimos nada más dos parejas que se querían casar, uno que se iba morir y otro que era vecino del padre.
Antes de la ceremonia, el padre quiso confesarme.
Has honrado a tu padre y a tu madre, me preguntó moviendo su bigote chueco.
Padre.- Dime, ¿los has honrado?
María.- Yo qué sé, padre, pregúnteles a ellos.
Padre.- ¿Has tenido pensamientos impuros?
María.- ¿Impuros?
Padre.- ¿Te masturbas?
María.- ¿Eh?
Padre.- ¿Que si cometes masturbación?
María.- ¿A usted qué le importa?
Padre.- Le importa al Señor.
María.- ¿A cuál señor?
Padre.- A Dios.
María.- ¿Dios quiere saber si me masturbo?
Padre.- Si cometes pecado.
María.- ¿Pero por qué iba a querer saber si me masturbo? ¿No tiene otras preocupaciones más importantes?
Padre.- Dime, ¿te masturbas?

(Silencio)

María.- No padre. Nunca.

Padre.- Dios sabrá si estás mintiendo. Dios conoce todos tus actos.

María.- ¿Entonces por qué necesito decírselo a usted?

Padre.- Porque yo soy un vínculo entre Dios y tú.

María.- Ah mire. Yo me arreglo con él, padre, no se apure.

Mi papá me estaba esperando afuera y yo no sabía cómo decirle que había arruinado el paquete tres en uno para poder entrar al cielo.

Papá: ¿Qué pasó?

María: ¡El señor quieres saber si me masturbo!

Papá: ¿Dónde está ese perverso?

María: En el cielo.

Papá: Ah... Ese señor....

A pesar de que había fracasado en mis autos sacramentales, mi mamá no canceló la fiesta.

Sólo a su hermana, que era devota de esa iglesia, le pareció que era una blasfemia. Los demás comimos birria y pambazos.

¿En verdad Dios conocía todos mis actos? Qué jodido.

Cuando empezábamos a tener relaciones, Rómulo terminaba muy rápido.

Para mí era mejor porque me dolía y lo que quería era que aquello terminara lo antes posible.

Pero cuando dejó de dolerme, a Rómulo seguía ganándole la ansiedad hasta que un día me dijo.

Rómulo: Leí en una revista que tengo que ayudarte a terminar.

María: ¿A terminar qué?

Rómulo.- Esto.

María.- ¿No ha terminado ya?

Rómulo.- Por una parte.

María.- ¿Cuál parte?

Rómulo.- La mía.

María.- Con eso es suficiente, ¿hay más?

Rómulo.- Tienes que tener un orgasmo.

María.- ¿Es obligatorio?

Rómulo.- La revista dice que también tienes derecho a disfrutarlo.

María.- Lo disfruto.

Rómulo.- ¿Pero has tenido un orgasmo?

María.- ¿Cómo voy a saber? Somos los únicos del salón que tenemos relaciones. ¿A quién quieres que le pregunte, a mi mamá?

Rómulo.- ¿Qué sientes?

María.- ¿Cuándo lo hacemos? (Pausa) No sé. Rico.

Rómulo.- ¿Sientes mariposas?

María.- ¿Mariposas?

Rómulo.- En tu interior.

María.- ¡Siento tu pene! ¿Por qué iba a sentir mariposas? ¿Eso dice tu revista, que debo sentir mariposas?

Rómulo.- Que debes sentir mucho calor.

María.- ¿Con este puto frío?

Rómulo.- Y que se te contraiga todo el cuerpo.

María.- Se me contrae por el frío, estoy titirando.

Rómulo.- Y que se te nuble todo por un segundo, como si se detuviera tu corazón.

María.- ¡Eso es un infarto! ¿Quieres que me de un infarto? ¿Qué más dice tu revista, que debo revolcarme en el suelo con la lengua de fuera?

Rómulo.- Deja de rascarte.

María.- ¡Me estás poniendo nerviosa!

Rómulo.- Deja de rascarte.

María.- ¿Cómo piensas ayudarme? Porque a menos que le prendas fuego a la cama y hagas que me trague la colección de insectos de tu padre, no sé cómo quieres que sienta todo eso que dice tu revista.

Rómulo.- Cállate.

Rómulo metió sus dedos en mi boca.

María.- ¿Qué mierdas haces?

Y luego los puso en mi vagina.

Se cercioró que la bolita que tocaba fuera mi clítoris y llevó ahí la punta de su lengua.

No sentí nada de lo que decía la revista de Rómulo, pero debí tener, por lo menos, siete orgasmos.

Rómulo tuvo entumida la mandíbula por tres días.

Desde entonces, cada vez que nos separábamos, recordaba ese momento y me masturbaba en cada jodido baño que encontraba.

Cuando el padre me preguntó

Padre.- ¿Te masturbas?

Temí que hubiera olido mis dedos porque me acaba de masturbar en el baño de la iglesia.

Así es que seguro no estoy en el cielo.

Además la encargada de la aerolínea me está poniendo una bofetiza.

María.- ¿¡Quiere tirarme los dientes!?

Sobrecargo.- No reaccionaba. ¿Se encuentra bien?

María.- Sólo siento que me hubieran dado una madriz.

Sobrecargo.- Me asusté.

María.- ¿A qué hora sale el siguiente vuelo a México?

Sobrecargo.- Mañana a las 7:30.

María.- Quiero un boleto.

XII.

María en un teléfono público; del otro lado de la línea, Lola.

Lola: ¿Qué pedo?

María: ¿Cómo sabías que era yo?

Lola.- ¿María?

María.- ¿No sabías que era yo?

Lola.- No.

María.- ¿Así contestas siempre?

Lola.- ¿Qué?

María.- Escucha, eh... ¿cómo te explico? Hay... ¡Putá madre! Eh... ¡Escucha, Lola, si te llamo no hagas caso de nada de lo que te diga, cuelga en seguida!

Lola cuelga.

María.- ¿Lola? ¿Bueno? Carajo...

Vuelve a marcar. Lola contesta.

Lola.- ¿Qué pedo?

María.- Lola, soy yo, no vayas a...

Lola cuelga.

María.- ¡Putísima madre, Lola!

Vuelve a marcar. Lola contesta.

Lola.- ¿Qué pedo?

María.- ¡No cuelgues, Lola, no cuelgues! ¡Escúchame, cuando decía que no hicieras caso de nada de lo que te dijera si te llamaba y que colgaras en seguida, no hablaba de mí, de mí mí, sino de otra mí, me entiendes!

Lola.- No.

María.- Ya sé, ya sé que es extraño, pero no puedo explicártelo ahora, ¿bien? Sólo escúchame, es posible que te llame alguien diciéndote que soy yo, pero no soy yo, ¿de acuerdo? Aunque su voz sea idéntica, aunque... aunque parezca que verdaderamente soy yo, no soy, tienes que saber que no soy yo. Tomaré el siguiente vuelo a México que llega mañana a las 7:45, ¿bien?

Lola.- ¿De la mañana?

María.- De la noche. Hasta entonces no voy a llamarte. Es posible que esta... persona ya esté allá y quiera llamarte.

Lola.- ¿Por qué?

María.- Escúchame, Lola, no hagas caso de nada de lo que te diga, ¿me entiendes? No contestes el teléfono hasta las 7:45.

XIII.

María:

El Atlántico, de regreso.

El rechinado de las llantas, al aterrizar.

La banda número siete.
Mi maleta no aparece.
Mostrador de la aerolínea.
María: Quiero levantar un reporte.
Sobrecargo: Dígame.
María.- No llegó mi maleta.
Sobrecargo.- ¿Me permite su ticket de control?
María.- Ai tá.
Sobrecargo.- ¿En qué vuelo venía?
María.- Veinticuatro siete dos.
Sobrecargo.- ¿Cómo es su maleta?
María.- Negra, cuadrada, con rueditas. Muy singular.
Sobrecargo.- ¿Puede señalarla en este muestrario?
María.- No, no está.
Sobrecargo.- Señale la más parecida.
María.- Ésta. Tal vez ésta, pero sin la bolsita.
Sobrecargo.- ¿Algún distintivo?
María.- Le cojea una llantita.
Sobrecargo.- Le cojea una llantita.
María.- O sea, le baila, como que se le va de ladito.
Sobrecargo.- Se le va de ladito.
María.- No va a aparecer mi maleta, ¿verdad?
Sobrecargo.- Anote aquí su dirección, número telefónico, y le estaremos llamando en los próximos dos días.
María.- Suena a que nos hubiéramos acostado.

XIV.

María:
La primera vez que Rómulo me terminó tenía trece años.
María.- ¿Quieres ver los Oscars?
Rómulo: Mmjá.
María: ¿Qué tienes?
Rómulo: De qué.
María: No sé, suenas raro.
Rómulo: Cómo raro.
María: Así, raro.
Rómulo: No.
María: Normalmente no dirías “mmjá”.
Rómulo: ¿No?
María: Normalmente dirías “sí”, o “sip”, no “mmjá”.

Rómulo: No tengo nada.

María: ¿Entonces vienes a mi casa?

Rómulo: Mmjá.

María: ...

Estaba de moda, por esos días, que los actores interpretaran a discapacitados para ganar Óscar.

John Travolta estaba nominado por actuar como un discapacitado, pero su personaje no lo era.

Así es que le dieron el Oscar a Tom Hanks; estaba dando las gracias cuando Rómulo entró a mi cuarto.

Rómulo: No me voy a quedar, mi papá me está esperando en el carro.

María: ...Ajá.

Rómulo: Quiero que terminemos.

María: ...

Rómulo: ¿María?

María: ¿Por qué?

Rómulo: Eres demasiado niña.

María: Somos de la misma edad.

Rómulo: Pero actúas como una tonta todo el tiempo.

María: ¿Sí?

Rómulo: Mi papá me dijo que fuera directo, así es que creo que no tengo nada más que decir.

María: ¿Tú papá te dijo que me terminarás?

Rómulo: Sólo dijo que sería más fácil si lo hacía rápido.

Y de verdad lo hizo rápido. Cuando Rómulo salió del cuarto Tom Hanks seguía dando las gracias.

A él le dan un Oscar por actuar como un imbécil, y a mí me termina mi novio. Igual regresamos en dos semanas. Pero entonces a Rómulo se le hizo un hábito terminarme en cada entrega de los Oscars.

Rómulo: No me gusta que uses faldas.

María: Pero a Mel Gibson le acaban de dar un Oscar por usar una falda durante toda una película.

Y al siguiente año...

Rómulo: Te la pasas echada todo el día.

María: Como el paciente inglés, y a él le dan nueve Oscars.

Y al siguiente año...

Rómulo: Ya llevamos mucho tiempo.

María: ¡Titanic dura tres horas!

El último año me dio tanto miedo que pasara lo mismo, que busqué no hacer nada que tuviera algo que ver con la película que iba a ganar.

Y como no había manera de que Spielberg perdiera en los Oscars, comencé a escribir teatro porque me pareció que era lo más alejado de la guerra.

Pero la búsqueda del estúpido soldado Ryan perdió frente la historia de un Shakespeare con cara de modelo de Calvin Klein.

Y Rómulo volvió a terminarme.

Rómulo: ¿Cómo quieres que esté con alguien que escribe teatro?

Así es que volví a quedarme sin novio y ahora tenía un oficio que a todos les parecía despreciable.

Papá.- ¿Teatro?

María.- Sí.

Papá.- ¿Por qué?

María.- Es culpa de Rómulo.

Papá.- Que estudie él teatro.

María.- Quiere ser fotógrafo.

Papá.- ¿Fotógrafo?

María.- Y biólogo.

Papá.- ¿Entonces teatro?

María.- Perdón.

Papá.- Carajo.

Una vez, para no lastimarme más, Rómulo me explicó que esa era la naturaleza de nuestra relación.

Nuestro amor es como el de las luciérnagas, dijo.

Rómulo.- Intermitente.

Pero la frase me pareció tan ridícula que contener la risa provocó que me tirara un pedo.

Él hizo como que no se dio cuenta. Y yo hice como que no me di cuenta de que se dio cuenta, para no echar a perder el momento. Pero el momento estaba de por sí jodido, había encontrado una metáfora cursi para decirme que me dejaba otra vez.

Intermitente, le dije yo, pero luminoso. Y reventé de risa por dentro.

Rómulo desapareció de mi vida, esa vez, durante dos años.

XV.

María en un teléfono público; del otro lado de la línea, Lola.

Lola: ¿Qué pedo?

María: Lola, soy yo.

Lola: Dame la contraseña.

María: ¿Cuál contraseña?

Lola: Deberíamos tener una contraseña.

María: Pícate el culo, Lola.

Lola: Contraseña aprobada.

María: Voy a tomar el autobús de las nueve, ¿Puedes recogerme en la central a las dos?

Lola: Sin falta.

XVI.

María: ¿Dónde carajos estabas?

Lola.- Apenas son dos... veinte, treinta, cuarenta... perdón.

María.- Ya no importa.

Lola.- ¿Y tú maleta?

María.- No llegó.

Lola.- ¿Y luego?

María.- Que me la mandan cuando llegue.

Lola.- O sea que no.

O sea que no, le repetí.

Nos sentamos en una banca, afuera de la central.

Y le expliqué que las cosas estaban de este modo y de este otro.

Lola.- ¿Un qué?

María.- Un funicular, Lola. Es como un trenecito. Te sube al monte Floyen para ver la ciudad.

Lola.- ¿A pesar de qué es fea?

María.- Les gusta ver su fealdad en plenitud.

Lola.- ¿Y tú a qué subiste?

María.- Bueno, Lola, algo tenía que hacer. Entonces, imagínate que me encuentro a mí misma, ¿me entiendes? A mí misma, no metafóricamente, no estoy tratando de decirte que tuve una revelación, detesto la metafísica, lo sabes. No, Lola, descubro a esta tipa, al final del vagón del metro, que me resulta encabronadamente familiar, ¿me sigues?

Lola.- Encabronadamente familiar.

María.- Algo en ella, Lola, su silueta, ciertos movimientos. No tienes una idea, Lola. Trato de acercarme, porque me come la curiosidad, ¿sabes? Me come. No tienes una idea. Pero el funicular...

Lola.- ¿El qué?

María.- ¡Ya te lo había explicado!

Lola.- El trenecito, ya.

María.- El funicular está repleto, Lola, porque es temporada alta. Y no puedo avanzar mucho. Y luego, antes de llagar, una señora, sólo Dios puede saber que tan gorda era, se interpone. Imposible sortearla, Lola. En el funicular, sortear a una mujer de 900 kilos.

Lola.- ¿900 kilos?

María.- Dos mil kilos, quizá haya sido un elefante.

Lola.- ¿Qué iba a hacer un elefante en el trenecito?

María.- Los noruegos son raros.

Lola.- ¿Pero llevar un elefante en un trenecito?

María.- Te digo que son raros. El funicular se detiene. Y ella está en la puerta. Puede bajar en cualquier momento. Y yo apenas alcanzo a escurrirme entre la gente.

Lola.- Y el elefante.

María.- Pero la gente está atorada en la puerta, queriendo salir toda al mismo tiempo. Y entonces, Lola, la distingo por la ventanilla del vagón. (Pausa) No había duda. Era yo.

Lola.- ¿En el trenecito?

María.- Afuera del trenecito, Lola. Había otra yo afuera del trenecito, contemplando la estúpida Bergen como si nada.

Lola.- ¿Te vio?

María.- Por un segundo. Eso fue lo más extraño, Lola. Volteó, como cuando sientes que alguien te está mirando y volteas, ¿no? Y me reconoció. Es decir, se reconoció a sí misma, debió reconocerse a sí misma. (Silencio) Pero no le dio importancia, Lola. Siguió contemplando la estúpida Bergen, así, como si no hubiera ocurrido nada.

Lola.- ¿Y tú?

María.- Perdí el sentido, te digo. Desperté en la enfermería de no sé dónde, Lola. Salí corriendo con tres enfermeros persiguiéndome.

Lola.- Querrían cobrarte.

María.- ¿Cómo voy a saber, Lola? Gritaban en Noruego. Apenas se entienden entre ellos. Lo que quiero decirte, Lola, es que al llegar a mi cabaña lo comprendí todo.

Lola.- ¿Qué decían?

María.- ¿Quiénes?

Lola.- Los enfermeros.

María.- ¿Los enfermeros? ¿Qué tienen que ver los enfermeros? Ya habíamos dejado atrás lo de los enfermeros.

Lola.- ¿Qué cosa comprendiste?

María.- ¡Por qué había un jodido duplicado mío en el fin del mundo!

Lola.- ¿Por qué?

María.- ¡Por la máquina, Lola! El anciano me lo advirtió. ¿Sabías que los ricos también tienen supersticiones?

Lola.- No estoy entendiendo nada, María. Sigo pensando en los enfermeros.

María.- El anciano me dijo que estaba maldita.

Lola.- ¿Cómo maldita?

María.- No sé, Lola, quizá tendría un maldición vikinga. El caso es que lo que escribías... ¡fiiiishhh! ¡Aparecía!

Lola.- ¿Es decir que la ficción se materializaba en nuestro mismo plano espacio-temporal?

María.- ¿...Qué?

Lola.- Dije una estupidez sin pensar, lo siento.

María.- Carajo, Lola, empeoras con los días.

Lola.- ¿Entonces escribiste que te encontrabas a ti misma en el folículo ese?

María.- Te digo que me la pasé bebiendo vodka todo el día, no se puede soportar Noruega sin beber vodka todo el día. No recordaba nada. Vi lo último que había escrito, en ese momento, y decía que me encontraba a mí misma en un funicular.

Lola.- ¿Un qué?

María.- ¡Maldita sea, Lola!

Lola.- Estoy bromeando. (Pausa) ¿Es el trenecito, verdad?

María.- ¿Qué voy a hacer, Lola?

Lola.- Escribir que se desaparece.

María.- Puta madre...

Lola.- ¿Qué?

María.- ¿Por qué no se me corrió?

Lola.- Que le cae un piano encima.

María.- Era lo más lógico.

Lola.- Que la secuestren.

María.- Todo esto terminaría.

Lola.- Y que la hagan barbacoa en un tambo de cianuro.

María.- Sí.

Lola.- ¡A huevo!

María.- Hice pedazos la máquina, Lola.

Lola.- Puta madre...

María.- Estaba asustada.

Lola.- Podemos reconstruirla.

María.- Tomé los pedazos y los arrojé al fondo de un fiordo.

Lola.- Primero el funicular y ahora un fiordo. ¿No hay en Noruega algo con un nombre cristiano?

María.- No creo que Cristo haya estado en Noruega Lola, sobre todo con sus sandalitas. Es como un riote, Lola, rodeado de montañas. Después tomé el tren al aeropuerto de Oslo. Tendrías que ver a la mujer de la aerolínea. Estaba confundida. Pobre mujer. No sabía cómo explicarme que yo ya estaba adentro viéndome ahí parada delante de ella.

Lola.- ¿La escribiste con pase de abordar?

María.- ¿A la otra María?

Lola.- Sí.

María.- Con pasaporte, ella recogió su pase.

Lola.- ¿Qué más?

María.- ¿Qué más qué?

Lola.- ¿Qué más tiene?

María.- ¿De qué?

Lola.- No sé, como poderes. ¿Tiene poderes?

María.- ¿Por qué iba a tener poderes?

Lola.- Yo qué sé, tú la escribiste.

María.- No, no tiene poderes.

Lola.- ¿Es más bonita?

María.- Te digo que es idéntica a mí.

Lola.- ¿Es millonaria?

María.- ¿Por qué iba a ser millonaria, Lola?

Lola.- Te digo que tú la escribiste.

María.- Tampoco es millonaria, Lola, ni se hace invisible, ni siquiera es regular, le baja cada dos meses, ¿de acuerdo? Ella sólo es... mejor que yo.

(Pausa)

Lola.- ¿Mejor que tú?

María.- En algunas cosas.

Lola.- Tienes alergias, María. Escribes teatro para niños. Cualquiera es mejor que tú.

María.- Ella no tiene alergias, por ejemplo.

Lola.- No tiene alergias.

María.- Ni tiene los malos hábitos.

Lola.- Los pedos.

María.- Los pedos.

Lola.- ¿Escribe teatro para niños?

María.- La vi un momento, Lola, cómo voy a saber a qué se dedica.

Lola.- Y tomó tu boleto.

María.- No lo tomó. Tenía el suyo. Llegó antes, eso sí. Es puntal, lo que sea de cada quién.

Lola.- Lo que sea de cada quién.

María.- No sé cuál sea su *modus operandi*. No sé si sea una autómatas, ¿sabes? Como una zombie tarada. O si sea como Dolly.

Lola.- ¿Pockett?

María.- La oveja.

Lola.- Gatita.

María.- ¿Qué?

Lola.- ¿De qué?

María.- ...

Lola.- ...

María.- Quizá esté caminando contra una pared en el aeropuerto. O quizá se haya perdido en el metro. Tenemos que regresar al DF a buscarla.

Lola.- ¿Y entonces a qué carajos viniste hasta acá?

María.- Por ti. Y quería ver a mi mamá. Casi no hablamos desde que murió mi papá. Se la pasa lavando el baño.

(Pausa)

Lola.- ¿Y cuando la encontremos?

María.- ¿Qué?

Lola.- ¿Qué vamos a hacer?

(Pausa)

María.- No lo sé.

XVII.

Casa de María.

María.- ¡Mamá!

Mamá.- ¿Quién llegó?

María.- ¡Soy yo, María!

Mamá.- ¿Qué se te olvidó?

María.- Nada. “¿Qué se/ me olvidó?”

Mamá.- ¿Qué se te olvidó?

María.- ¡Nada, no se me olvidó nada!

Mamá.- ¿Por qué regresaste?

María.- “¿Por qué regresé?” ¿No querías/ que...?

Mamá.- No te escucho.

María.- ¿¡No querías que regresara!?

Mamá.- Pensé que te ibas más tiempo.

María.- ¿Cuándo querías que regresara, para tu entierro?

Mamá.- ¿¡Qué!?

María.- ¡Qué cuándo...! ¿Por qué no bajas a verme?

Mamá.- ¡Estoy lavando el baño!

María.- Pues deja el jodido baño y baja a verme. No te he visto en un mes.

Mamá.- Ya platicamos toda la noche, María.

María.- ¿Cuán...? ¿Qué? (Silencio) ¿Estuvo aquí?

Mamá.- ¿¡Qué!?

María.- ¿Que si estuvo aquí?

Mamá.- ¿Quién?

María.- (Para sí) Estuvo aquí. Hija de puta.

Mamá.- ¿María?

María.- ¿En dónde está?

Mamá.- ¿En dónde está quién?

María.- ¿En dónde estoy?

Mamá.- ¿Cómo que en dónde estás?

María.- ¿No estoy aquí, verdad? ¿Qué te dijo?

Mamá.- ¿Quién?

María.- ¿Qué te dije? Yo. ¿Qué te dije anoche?

Mamá.- ¿De qué?

María.- ¿Te dije si iba a ir algún lado?
Mamá.- Pues yo pensé que te ibas a Guatemala.
María.- ¡A Guatemala!? ¿A qué iba ir a Guatemala!?
Mamá.- Con Rómulo.
María.- ¿Con Rómulo!?
Mamá.- ¿Fumaste, María?
María.- ¿Rómulo se fue con María?
Mamá.- ¿Por qué hablas de ti en tercera persona? ¿Fumaste?
María.- ¡La otra María, mamá!
Mamá.- ¿La otra María?
María.- ¡Mamá baja!
Mamá.- Estoy lavando el baño, te digo.
María.- Pero es que quiero verte. ¿Puedes hacer como que no me viste anoche para darme otra bienvenida, una chiquita?
Mamá.- Fumaste, María. Trajiste drogas de Amsterdam.
María.- Estaba en Noruega, mamá, y no he vuelto a fumar desde aquella vez.
Mamá.- ¿Amsterdam no está en Noruega?
María.- Noruega está más al norte, mamá, donde hace mucho frío y nadie te abraza. Yo sólo quiero que me des un abrazo. Baja.
Mamá.- Estoy toda cochina, María.
María.- ¡Pues a la mierda, mamá!
Mamá.- ¿A dónde vas?
María.- ¡A Guatemala!
Mamá.- ¿Siempre sí?

XVIII.

María:
Rómulo fue el primero del salón en tener un teléfono celular.
Antes Lola había intentado hacer pasar el inalámbrico de su casa por uno, pero nadie le creyó.
Menos cuando su mamá, un día, la sacó a cachetadas de la clase y le gritó frente a todos que su abuelita había estado a punto de morir cuando no tuvo con qué llamar a nadie para decir que se le había acabado la insulina.
Desde entonces, Rómulo jamás se separa del teléfono.
Espero uno.
Dos tonos.
María.- ¿Bueno? ¿Rómulo, me escuchas? (Pausa) ¿Rómulo, en dónde estás? (Pausa) María, ¿cómo quién soy? (Pausa) No, no, no, escúchame, ella no es María, ella sólo... fishhh, apareció. (Pausa) Fishhhhh, apareció. (Pausa) No, escúchame, Ró, escúchame, esa mujer es peligrosa, tiene una maldición vikinga. (Pausa) Vikinga. (Pausa) ¡María, te digo! Rómulo escucha mi voz, ¿no la reconoces? (Pausa)

Pregúntame algo que sólo yo podría contestar. (Pausa) Pregúntame algo. (Pausa) ¿Cuándo qué? (Pausa) ¿Cómo carajos voy a saber eso? (Pausa) ¿Rómulo? ¿Bueno? (Pausa) ¡Putísima madre! ¡La puta madre que te parió! ¡Hija de toda tu...!

XIX.

Casa de Lola.

María.- ¡Nos vamos, Lola!

Lola.- ¿A dónde?

María.- A Guatemala.

Lola.- ¿¡A dónde!?

María.- El paísito que está debajo de México, Lola, no me digas que no sabes/ dónde está Guate...

Lola.- ¡Sé dónde está Guatemala! Dije “a dónde”, así muy exclamativo, por decir “qué qué”

María.- “¿Qué qué?”

Lola.- “Qué qué” Muy exclamativo. ¿A qué vamos a Guatemala?

María.- A buscar a mi otra yo.

Lola.- ¿A Guatemala? ¿Qué carajos hace en Guatemala? ¿No estaba en México?

María.- Se llevó a Rómulo.

Lola.- ¿A Rómulo? ¿No estaban enojados?

María.- ¿Rómulo y mi otra yo?

Lola.- Ustedes.

María.- ¿Mi otra yo y yo?

Lola.- ¡Rómulo y tú!

María.- Ah. Sí.

Lola.- ¿Y luego?

María.- ¿Y luego qué?

Lola.- ¿Qué hace contigo en Guatemala?

María.- No está conmigo, está con mi otra yo.

Lola.- Sí, pero él no lo sabe.

María.- Pensará que lo perdoné.

Lola.- ¿Tu otra yo lo perdonó?

María.- Quizá.

Lola.- Alevosa hija de puta, primero te chingó tu boleto de regreso.

María.- Ella no lo sabe.

Lola.- Eso dice ella. Luego tu bienvenida. A ti, jodida, te recibió tu mamá lavando el baño.

María.- Siempre lo está lavando.

Lola.- ¿Y ahora a Rómulo? Hay que romperle su madre, María.

María.- Qué tal que me duele.

Lola.- ¿A ti?

María.- No sé cómo funcionan estas cosas. Hay que seguirla, por lo pronto. Trae tu jorongo de lana.

Lola.- Seguro hace sol en Guatemala, no ves que todos son morenitos.

María.- Bien, no traigas tu jodido jorongo de lana.

XX.

María:

Cuando empezamos a juntar dinero, Rómulo me convenció de que un bote enterrado en el patio de mi casa no era el lugar más seguro para guardar nuestros ahorros.

Rómulo.- Abre una cuenta, medieval

María.- No confío en los bancos.

Rómulo.- Sólo tú vas a tener acceso a esa cuenta.

Y tenía toda la jodida razón...

María: Hija de puta.

Lola: ¿Qué?

María: Sacó mis ahorros.

Lola: ¿María?

María: ¡No le digas María! ¡Yo soy María! De ahora en adelante ella será... (Pausa)
Piensa en el nombre más feo que conozcas.

Lola: Nicole Kidman.

María: ¿Nicole Kidman?

Lola: Nunca me ha gustado cómo suena.

María: Bien. Nicole Kidman sacó mi dinero. No tenemos un peso. No tenemos cómo viajar.

Lola: ¿Qué día es hoy?

María.- Miércoles.

Lola.- ¿Del mes?

María.- No sé, 30.

Lola.- Podemos usar el dinero del premio.

María.- ¿Cuál premio?

Lola.- De teatro, por estos días te avisaban que habías ganado, ¿no?

María.- Todavía no he ganado.

Lola.- Es un concurso de teatro para niños.

María.- Hay competencia.

Lola.- ¿En un concurso de teatro para niños? ¿Cuántos participan, cuatro?

María.- Tengo el mal de la mención honorífica.

Lola.- Tu obra es muy buena.

María.- No la has leído.

Lola.- Tú dices que es muy buena.

María.- ¿Sí?

Lola.- Siempre que estás borracha.

María.- No tenemos ese dinero, Lola. Levanta tu pulgar.

Lola.- ¿Qué?

María.- Tu pulgar, que lo levantes.

Lola levanta el pulgar.

María: Ya está, tienes estilo para pedir aventón.

XXI.

María:

El primer aventón lo conseguimos hasta la tierra del son jarocho, tierra de decimistas, de Agustín Lara y el pueblo más jodidamente aburrido del mundo después de Bergen.

Ramón.- ¿A dónde van?

Lola.- Aquí nomás a Guatemala.

Ramón.- Bueno... Yo nada más voy a Tlacotalpan. De ahí pueden bajar a Cosamaloapan y tomar la autopista hasta Acayucan. Y ya de ahí se van todo pa bajo. Nos subimos a su camioneta que tronaba así, como si estuviera nomás sujeta con mecates.

María.- ¿Cómo te llamas?

Ramón.- Ramón Cano para serviles.

María.- Ramón Cano para servirnos yo soy María y ella es Lola.

Ramón.- Mucho gusto.

María.- Igualmente.

Ramón.- ¿A qué van a Guatemala?

Lola.- A buscar a Nicole Kidman.

Ramón.- ¿Cómo?

María.- A encontrarnos con alguien. ¿Tú vas a Tlacotalpan?

Ramón.- Ajá.

María.- ¿A qué?

Ramón.- Ahí vivo.

María.- ¿En Tlacotalpan? ¿Por qué?

Ramón.- Pus ahí nací.

María.- ¿Y por qué no te vas?

Ramón.- ¿A dónde?

María.- A donde sea. ¿No te aburres?

Ramón.- ¿De qué?

María.- De estar ahí. ¿Cuánto te toma recorrer el pueblo, diez minutos?

Ramón.- ¿Para qué iba a recorrer el pueblo?

María.- ¿Y entonces qué haces?

Ramón.- Trabajar en mi taller.

María.- ¿Eres mecánico?

Ramón.- No.

María.- Porque tu camioneta, perdón que te lo diga, no es la mejor tarjeta de presentación.

Ramón.- Tengo un taller de laudería. Bueno, un tallercito, de jaranas.

Mis cejas se torcieron hacia arriba.

El contraste entre un hombre cubierto de grasa, golpeando fierros con un martillo, y un hombre tallando madera, golpeando una gubia con un mazo, me hizo contemplar sus manos.

Llenas de callos.

Medio sucias.

Pero que despedían un olor a madera.

(Pausa)

De pronto no pude quitarles la mirada de encima y tuve un deseo de tocarlas que no hubiera podido reprimir de no ser porque Lola interrumpió el momento.

Lola.- ¿Cuáles son las jaranas?

María.- ¿Eh?

Lola.- Que cuáles son las jaranas.

María.- Estas que son como guitarritas, Lola...

Y volví a sus manos, sujetas al volante partido de su camioneta.

Hablaba de jaranas, de madera y francamente de no sé cuántas cosas,

Porque yo no escuchaba una palabra

Porque yo indagaba en sus pequeños detalles

Y sólo me preocupaba que fuera a descubrirme, contemplándolo con aprehensión.

Lola.- María

María.- ¿Qué?

Lola.- Te están hablando.

María.- ¿Quién?

Ramón.- Yo.

María.- Ah... ¿Qué pedo?

Ramón.- ¿Que qué van a hacer?

María.- ¿Ya llegamos?

Ramón.- Casi. Estamos en Alvarado.

Lola.- Yo voy a echarme una meada, ya no aguanto.

A lo lejos, a través del parabrisas sucio y cuarteado de la camioneta de Ramón, se veía un montón de barcos oxidados, meciéndose en la orilla del muelle.

Aunque Lola se había bajado de la camioneta, yo permanecía a su lado, como si no hubiera más espacio.

Bajé mi mano y rocé su antebrazo con el mío, pero él no lo quitó.

Lo dejó ahí y dejó que sus vellitos rozaran con los míos.

Y me dio una sensación de bienestar.

Me sentía atraída por un extraño que no volvería a ver nunca.

Y sentí melancolía.

Quise grabar su piel en mi memoria.

Tapiar mis fosas nasales con su olor a madera seca.

Y besarlo porque no habría otro momento.

Lola.- No mames, me estaba meando en serio, hubiera podido llenar un garrafón.

Pero el momento había pasado.

Y sus vellitos ya no rozaban con los míos.

Y los barcos seguían ahí, meciéndose tranquilamente.

Ramón.- Mi pueblo está aquí ya nada más a veinte minutos, pero ahí no van a agarrar ningún aventón. Si se van a seguir hasta Acayucan las tengo que dejar en la gasolinera de la entrada.

Y volteó a verme y luego volteó a ver los barcos.

Como si él también temiera no volver a verme,

Y como si quisiera que los contemplara con él por el resto de su vida.

Con tal que hiciera algo con él por el resto de su vida.

(Silencio)

María.- ¿Qué hora es?

Ramón.- Ya es bien tarde.

Dijo sin consultar su reloj.

María.- ¿Crees que alguien quiera subirnos a esta hora?

Ramón.- No, no creo.

María.- No, ¿verdad?

Ramón.- No.

(Silencio)

María.- ¿Crees que en Tlacotalpan haya un lugar donde podamos quedarnos?

Ramón.- En mi casa.

María.- Ok.

Ramón.- Bien.

Bien, repitió sonriendo con sus dientes medio chuecos. Y ya no temí por el momento que se había perdido.

XXII.

Ramón.- Se pueden quedar aquí. Las sábanas están limpias. ¿Tienen hambre?

Lola.- Un chingo.

Ramón.- Voy a ver si nos pueden hacer todavía unas empanadas de minilla.
María.- ¿Puedo usar tu teléfono?
Ramón.- ¿Cuál teléfono?
María.- Ese que está ahí.
Ramón.- Hace diez años que no tiene línea.
María.- Ah...
Ramón.- Aquí en la plaza hay un teléfono de monedas. Saliendo a la derecha.
María.- ¿Tú tienes monedas? Es que nosotras no tenemos nada de cambio.
Ramón.- Toma.
María.- Gracias.
Ramón.- Regreso.

Lola.- ¿No tienes un celular idiota?
María.- Sí pero casi no tengo crédito, quiero dejar poquito por si alguien me llama.
Lola.- ¿A ti?
María.- Tú no sabes.
Lola.- “No tenemos nada de cambio”
María.- ¿Y qué querías que le dijera, que nos estamos cayendo de hambre?
Acompáñame a hablar por teléfono.
Lola.- Y deja de babear, me avergüenzas.

XXIII.

María en un teléfono público; a su lado, Lola.

María.- Rómulo, soy yo. (Pausa) ¡No cuelgues, por favor, no cuelgues! No es ninguna broma, Ró. Escucha, tendrías que saber que ella no soy yo. (Pausa) ¡Sí, pero yo soy María, tu María, ella es Nicole Kidman! (Pausa) Así le pusimos para no confundirnos. (Pausa) Mírala con atención, Rómulo, debe tener algo distinto. (Pausa) Debe ser porque no ha comido brócoli hasta ahora, el brócoli provoca gases, Ró, ¿la has visto comer brócoli? (Pausa) ¡Ves! Yo nunca estoy de buenas. (Pausa) Sí, pero tú me prefieres a mí con todas mis imperfecciones. (Pausa) ¡Que ella no es María! ¡Yo soy María! Ella no te ve como yo te veo, pon atención, Rómulo. (Pausa) No, no me cuelgues por favor...
(Silencio. Cuelga. Lola permanece a su lado.)
Lola.- A lo mejor se cortó.
(Silencio)
María: “¿Qué buscas en la noche con tu farola opaca?”

Lola.- ¿Eh?

María.- Pellicer. Es un verso de Pellicer, sobre las luciérnagas. Buscan a su pareja, Lola. Rómulo me explicó que tienen un cortejo nocturno. Se envían señales de luz. Señales muy específicas, para concertar su encuentro. La hembra enciende su cuerpo en intervalos de seis a ocho segundos; de ese modo el macho sabe que ella quiere aparearse. (Pausa) Un día no hice el amor con Rómulo; y luego, al día siguiente, tampoco; y luego pasaron seis meses. Es un intervalo bastante grande, ¿no crees, Lola? Y probablemente ahora esté haciendo el amor conmigo, el problema es que no soy yo. Me siento celosa de mí misma. Es raro.

Lola.- ¿Vamos a Guatemala por Nic o por Rómulo?

María.- ¿Nic?

Lola.- Nicole, de cariño.

María.- Siento que voy a recuperar algo, pero ya no sé qué es. Ahora sólo puedo pensar en que Rómulo está con otra. Siempre lo he sabido. Pero nunca con tanta certeza, Lola. Nunca he tenido la imagen tan precisa de las mujeres con las que está, de lo que hace con ellas, como ahora, porque se trata de mí misma, ¿me entiendes? Todo esto es muy raro, Lola. (Pausa) Sé que las cosas nunca han ido bien con Rómulo, pero por algo llevo ahí diez años. A veces siento que nunca voy a poder volver a estar con nadie más.

Lola.- El carpintero está bueno.

María.- Es laudero.

Lola.- Es una manera más bonita de decir lo mismo.

María.- ¿Has olido sus manos? Huelen a madera; a roble, a cedro, a un haya.

Lola.- Pues ahorita le deben oler a sope porque lo vi rascándose los sobacos.

María.- Me gusta el sudor de los hombres.

Lola.- Bueno, échale la luces esas entonces, que ya me cansé de verte llorar por el mismo idiota siempre.

María.- Cuando las luciérnagas se sienten amenazadas, desactivan la luz, Lola.

Lola.- Pues enchúfala de nuevo que ahí viene este pendejo.

Ramón.- ¿Si les gusta la minilla?

XXIV.

Lola.- ¿Tienes novia, Ramón?

Ramón.- No.

Lola.- ¿Por qué no?

Ramón.- Porque no.

Lola.- ¿Eres marica?

Ramón.- No.

Lola.- ¿Y entonces por qué no tienes novia?

Ramón.- No tengo tiempo.

Lola.- Claro, es que hay un chingo que hacer en Tlacotalpan.

María.- Lola.

Lola.- ¿Qué?

María.- Pásame otra empanada.

Ramón.- ¿Nunca han venido a la fiesta de la candelaria?

María.- No.

Ramón.- Se hace el embalse de seis toros cebú. Cruzan el río con nosotros en canoas. También paseamos a la virgen por el río y luego la llevamos al templo de la Candelaria. ¿Vieron el templo de la Candelaria?

Lola.- ¿Cuál?

Ramón.- El que está enfrente de la Plaza.

María.- ¿El que está pintado como de azul?

Ramón.- Ese.

Lola.- Ah sí, sí lo vimos.

Ramón.- Ahí la llevamos y le pedimos que nos proteja de las inundaciones.

María.- ¿Y los escucha?

Ramón.- Siempre. Después nos pasamos a la otra plaza y tocamos hasta que amanece. Ahí conocí a Estela, hace... no sé... Como doce años. A lo mejor un poquito más. Estuvimos casi nueve años juntos. Yo quería vivir con ella. Ella no. Yo quería tener hijos. Ella no. Decía que no era lo suyo. Cuando terminamos empezó a salir con alguien y al mes se fue a vivir con él. Yo toqué en su boda. Tienen dos niñas bien bonitas.

(Silencio)

Lola.- Entonces, ¿suben a los toros en canoas?

Ramón.- Sí.

Lola.- ¿No pueden nadar?

Ramón.- No.

Lola.- Ya.

(Pausa)

Ramón.- ¿Quieren que vaya por más empanadas?

María.- No, ya está bien.

Lola.- Pues yo me estoy cagando del sueño.

María.- Sí, yo también.

Ramón.- Yo voy a seguir trabajando. Voy a cerrar la puerta para no hacer tanto ruido, pero voy a estar ahí en el taller, por si necesitan algo. Y mi cuarto está arriba, si ya no me encuentran ahí.

María.- Gracias...

XXV.

Lola.- O vas a ver al carpintero o dejas de moverte porque ya me tienes hasta la madre.

María.- Es la almohada. Está muy alta.

Lola.- La almohada.

María.- Está muy alta, te digo. Se me va a contracturar el lomo.

Lola.- A ver, ten la mía.

María.- A ver.

(Silencio)

María.- No, ésta está muy baja.

Lola.- Que la chingada...

María.- Es que ya me había acostumbrado a la otra. Ésta ahora la siento muy baja. Voy a ver si Ramón tiene otra.

Lola.-...

María.-...

Fui a hurtadillas a su taller. Empujé la puerta, muy quedito, pero el rechinido de las bisagras me delató. Ramón estaba tallando un pedacito de madera. Al lado tenía una jarana.

Ramón.- Hola.

María.- ¿Qué es eso?

Ramón.- ¿Esto? Un puente.

María.- ¿Para qué?

Ramón.- Para pegárselo aquí, debajo de la boca, ¿ves? De aquí tiras las cuerdas hasta el clavijero.

María.- ¿El clavijero?

Ramón.- Donde van las clavijas, éste de acá.

María.- Ya, con lo que afinas.

Ramón.- Ajá.

María.- ¿De qué madera es?

Ramón.- ¿El clavijero?

María.- El puente.

Ramón.- De cópite.

María.- ¿Cópите?

Ramón.- De corazón de cópite. Toda la madera es del corazón del árbol, para que no se enchueque ni se apolille. Este es el diapasón, es de shagane.

María.- Shagame.

Ramón.- Shagane.

María.- Shagani.

Ramón.- “Ne” Shagane.

María.- Shagane.

Ramón.- El cajón es de cedro. Tomas un tablón, como éste, y le vacías la panza; y luego le sacas de acá el brazo. Tienes que fijarte que tenga un color rojizo. La tapa es de tacote. ¿Ves la línea de la madera?

María.- Ajá.

Ramón.- Se va derechita. Las clavijas son de ébano. (Pausa) Cuando tienes en tus manos una jarana, como ésta, estás tocando más de cinco árboles. El corazón de cinco árboles. Escuchas su sonido con los dedos. (Pausa) Ésta es la púa; se talló del cuerno de un toro. Es como una espiga, con ésta tocas. La cuerda es la voz de la jarana. Suena como una gota cuando deslizas tu dedo sobre ella.

Y deslizó su dedo por la cuerda provocando un murmullo.

Luego se colgó la jarana y me cantó una décima, que hablaba de su pueblo,
De la madera

Y que, en resumidas cuentas, hablaba del amor

Yo estaba arrobada por el tono de su piel

Por la forma de su boca.

Y advertí que era otra vez momento de besarlo.

Pero no pude.

María.-...Está muy bonita.

El momento había pasado, otra vez.

Y di un paso atrás.

María.- ¿Y ese hueso para qué lo tienes?

Ramón.- Es una quijada de burro, suena como un güiro si le raspas los dientes; originalmente se tocaba con un asta de venado

María.- Total que aquí hay que matar a toda la santa flora y fauna para hacer música.

Ramón.- Pues sí. Más o menos...

Sentí un aire frío rozándome la espina,

Y descubrí una máquina de escribir en un rincón.

María.- ¿Escribes?

Ramón.- Décimas.

María.- ¿A máquina?

Ramón.- A mano.

María.- ¿Y esa máquina?

Ramón.- Ah. Lleva ahí años.

Y la máquina me distrajo completamente.

De pronto no podía dejar de verla.

Ramón regresó a la mesa y volvió tallar el puente de cópite.

Había vuelto a dejar pasar el momento y ahora estaba aterrada frente a una estúpida máquina de escribir.

Me senté y contemplé a Ramón, por encima del rodillo de la máquina, tallando aquel trozo de madera,

Y me vinieron unas ganas inmensas de gustarle aunque fuera un poquito,

Y que dejara lo que estaba haciendo y viniera y me besara.
Así es que escribí en la máquina: “Ramón se acercó a mí, se recargó sobre la mesa y me besó por encima de la máquina”
Y entonces, sin que me diera cuenta, Ramón se acercó a mí, se recargó sobre la mesa y me besó por encima de la máquina cuando yo terminaba de escribir “por encima de la máquina...”
Me cargó
Me abracé a su torso con mis piernas
Y me llevó hasta su cuarto.
Pero se detuvo un momento bajo el marco de la puerta, vacilante.
Ramón.- No haremos el amor...
María.- ¿...No?
Ramón.- Él nos hará a nosotros.
Sonreí porque su frase era cursi y se la había robado a Cortázar,
Pero la había memorizado para una ocasión especial.
Y ese momento, que no había pasado de largo, era su ocasión especial.
Lo besé como si quisiera que se me dislocara la mandíbula
Y luego hicimos el amor durante horas, en medio de una tormenta de truenos que se ahogaban con mis gritos.
Quise creer que la tormenta era parte de mi imaginación, que era el estrépito de su cuerpo contra el mío.
Pero a la mañana siguiente nos enteraríamos de que habíamos estado en medio del diluvio más grande de los últimos años.
Quédate adentro, le dije cuando terminó. Por favor.
Y me quedé dormida sobre él, con el sonido de la lluvia golpeando el tejado de su casa.

XXVI.

María:
Las cosas varían cuando uno está soñando.
Puedes soñar que estás en tu casa.
Pero esa casa no es como tu casa.
Los rostros cambian.
Aquel era el sueño de un recuerdo.
Escuchaba una
Dos
Tres pedradas en el cristal de mi ventana.
Rómulo estaba en la banqueta de en frente.
María.- Vienes hasta la madre, Ró.
Rómulo.- Pus por eso baja abrirme.

Subíamos las escaleras trastabillando.
Nos tirábamos en la cama y él comenzaba a quitarme la pijama.
Rómulo.- Te amo un chingo, María.
María.- Te estoy mandando mensajes desde ayer, Rómulo.
Rómulo.- Necesitaba aclarar mi mente. Uno necesita aclarar su mente, de cuando en cuando, María.
María.- Sólo quería decirte que iba tratar de no ser tan celosa.
Rómulo.- Perfecto.
Y terminaba de quitarme la pijama.
Pero cuando yo le quitaba el pantalón descubría algo que me hacía un hoyo en el estómago.
María.- No mames, Rómulo...
Rómulo.- ¿Qué cosa?
María.- Traes un condón puesto.
Se echaba un vistazo y permanecía callado unos segundos
Hasta que finalmente decía
Rómulo.- Pus es que ya venía preparado...
Lo único que variaba entre el sueño y el recuerdo, era que Rómulo tenía bigote.
El sueño se interrumpió por un grito de mujer.
Cuando desperté, vi pasar a un toro Cebú flotando por la ventana y, en seguida, a Lola zambulléndose.
Lola.- ¡Me lleva la verga!
María.- ¡Lola! ¡Ramón! ¡Lola, aguanta! ¡Ramón despierta!
Ramón.- ¡Qué chingados!
María.- Lola se está ahogando.
Quisimos bajar pero el agua llegaba hasta las escaleras.
Los muebles flotaban abajo y el agua se metía a chorros por las ventanas.
Rompimos la ventana del cuarto.
La calle era un río. Toros y carros pasaban flotando por igual.
Nos dijeron que el río se había desbordado y que la ciudad se había inundado por completo.
Lola estaba agarrada al cuello de la estatua de Agustín Lara, pero el toro se había ahogado.
Ramón me explicó más tarde que el esfínter de los toros era muy débil y que se ahogaban literalmente por el ano.
No supe si reírme o ponerme muy triste.
Finalmente pudimos rescatar a Lola y nos resguardamos en una azotea, viendo pasar el río delante de nosotros, arrastrando el pueblo entero, hasta que el ejército nos sacó de ahí para llevarnos a un albergue.

María.- ¿Ya regresó Ramón?

Lola.- No.

María.- Ya están empezando a evacuar la ciudad, si no está aquí cuando lleguen las lanchas no va a tener manera de salir.

Con ayuda de unos señores fuimos hasta su taller en una balsa echa de pedazos de puertas y cámaras de llanta.

Ramón estaba adentro, abrazando sus jaranas, con el agua hasta la cintura.

María.- ¡Ramón!

Ramón.- ¡María!

María.- ¡Ramón ya están empezando a evacuar el pueblo, tenemos que estar en el albergue!

Ramón.- ¡No puedo dejar el taller solo!

María.- Ramón, van a llegar las lanchas.

Ramón.- Están saqueando las casas que dejan solas.

María.- No va a haber luz en varios días, Ramón. Ni agua potable. ¿Qué vas a hacer cuando se acabe la comida?

Ramón.- Pus tener hambre.

María.- Mira cómo estás Ramón, vente con nosotras.

Ramón.- No puedo dejar mi taller. ¿Qué voy a hacer, después, cuando pase todo esto? Porque yo no sé hacer otra cosa, María, yo sólo entiendo de jaranas.

María.- Ramón...

Ramón.- Quédate conmigo.

María.- No puedo.

Ramón.- ¿A qué vas a Guatemala?

María.- Es complicado.

Ramón.- ¿Allá está tu novio?

María.- Sí, pero no voy sólo por eso.

Ramón.- Sólo por eso....

María.- Es difícil de explicar.

Ramón.- No puedo irme, María. María.- Yo no puedo quedarme.

Ramón.- ¿Te voy a volver a ver?

María.- ...

Ramón.- ¿Te voy a volver a ver?

María.- ...

Ramón.- ¿María?

(Pausa)

María.- No lo sé, Ramón.

Lo besé con toda la saliva que alguien puede emplear para una despedida, y me fui.

“Yo sólo entiendo de jaranas”

Las palabras de Ramón me hicieron desear de pronto un mundo así de simple.

Pero ahora sólo podía entenderlo de la manera más enredada.
Ramón Cano se quedó encerrado en su taller, salvando las jaranas que todavía no estaban echadas a perder del todo.
Mientras a Lola y a mí nos sacaban en una lancha para llevarnos a Cosamaloapan.

XXVIII.

Lola.- ¿En dónde estamos?

María.- ¿Te parece que soy un maldito GPS? No tengo la menor idea, Lola.
Debimos quedarnos en Cosamaloapan.

Lola.- Todo el mundo estaba tratando de salir de ahí.

María.- Vamos a cortar camino.

Cruzamos un sembradío de cañas de azúcar, cuando comenzaba a oscurecer.
Las nubes se disiparon y se extendió frente a nosotros un extenso pastizal que se encendió de pronto por un centenar de luciérnagas.

Sentí como perdí el aliento y comencé a rascarme los brazos.

Lola me tomó de la mano y nos adentramos a pequeños pasos.

Pero enseguida me desmoroné en el suelo.

María.- ¡Yo no soy una luciérnaga, Lola! ¿Ves, acaso, que se me encienda el culo?
“¿Qué buscas en la noche con tu farola opaca?” ¡A mí misma, estúpido Pellicer!
Soy como un perro correteándose la cola. ¿Qué voy a hacer cuándo la encuentre?
Porque yo no sé cómo funcionan estas cosas, Lola. ¿Y si él la prefiere a ella, a ella que no tiene alergias, a ella que, seguramente, no escribe teatro para niños porque debe ser más divertida que yo? ¿Y si piensa que yo soy la versión pirata?
No quiero ser la versión pirata, Lola. Debe ser jodido ser la versión pirata de algo. No quiero encontrarla. (Pausa) Creo que se terminó la búsqueda, Lola. Nos regresamos.

Lola.- Está bien.

María.- ¿Está bien?

Lola.- ¿Qué?

María.- ¿No vas a persuadirme?

Lola.- ¿Quieres?

María.- ¡Sí! (Pausa) No sé.

(Silencio)

Lola.- ¿María, te acuerdas de los gemelos?

María.- ¿Cuáles gemelos?

Lola.- Los de la escuela.

María.- ¿Había unos gemelos en la escuela?

Lola.- Pedro Brenan y Dany Brenan.

María.- ¿Eran dos?

Lola.- Pedro y Daniel.

María.- Pensé que eran la misma persona.

Lola.- ¿Pedro y Daniel?

María.- Pensé que era alguien que se llamaba Pedro Daniel, que a veces le decían por un nombre y a veces por el otro.

Lola.- ¿Eres idiota?

María.- Nunca los vi juntos.

Lola.- Estaban en salones diferentes.

María.- Pudieron coincidir en los recesos.

Lola.- Tú nunca salías a los recesos.

María.- Pedro Daniel dos personas. Quién lo hubiera imaginado.

Lola.- ¡Todo el mundo sabía que se trataba de dos personas! Lo que intento decirte, María, es que la mayoría los confundía.

María.- Algunos creíamos que eran la misma persona.

Lola.- Pero si te tomabas la molestia de verlos detenidamente, descubrías que eran completamente distintos.

María.- Pero ella no es mi hermana gemela, Lola, es como... la réplica de una pintura; sólo los, no sé, doctores en réplicas de pinturas pueden distinguir a la verdadera. No hay doctores para réplicas de personas, seguro que no los hay. Y hasta ahora todos la han tomado a ella como la verdadera. No sólo eso, parece agradarles más. Yo sólo soy un Picasso pintado por un vago de la facultad de artes. ¡No quiero ser un Picasso pintado por un vago de la facultad de artes, Lola!

Lola.- Yo sabría distinguírte.

María.- ¿Estás segura?

Lola.- Completamente.

María.- Y se te dijera que en realidad yo soy la réplica.

Lola.- No te creería.

María.- Y que todo es un plan para perderte en Guatemala antes de que me descubras.

Lola.- No te creería.

María.- Pregúntame algo que sólo yo podría contestar.

Lola.- ¿Cuál es la capital de Sonora?

María.- ¿Cuál es la capital de Sonora? ¿Esa es la pregunta que me define?

Lola.- Está bien, está bien. Eh... Bien, tengo una mejor. Eh... ¿Crees en Dios?

María.- ¿Lo dices por lo de mis autos sacramentales? Porque fue culpa de ese padre.

Lola.- No.

(Pausa)

María.- Pues, supongo que sí. ¿Tú no?

Lola.- Todo el mundo cree en Dios, María.

María.- Los ateos no.

Lola.- Los ateos son imbéciles, María, no debemos tomarlos en cuenta.

María.- Mi papá era ateo.

Lola.- Tu papá era un buen hombre. Al final se arrepintió, me dijiste.
María.- Estaba asustado, no podía creer que le tocara irse tan pronto. En su sano juicio le parecía una estupidez que esta vida fuera, qué sé yo, Lola, como una prueba.
Lola.- ¿Una prueba?
María.- Una prueba, te digo
Lola.- ¿Para qué?
María.- Para el acceso.
Lola.- ¿A dónde?
María.- Qué sé yo, Lola, al paraíso.
Lola.- Como una visa.
María.- Si así lo quieres.
Lola.- ¿Tú crees que esta vida sea una prueba, María?
María.- No.
Lola.- ¿Por qué no?
(Pausa)
María.- Porque creo que ya la jodí por completo, Lola.
(María repentinamente se lleva la mano al pecho)
María.- ¡Ayyy, la puta madre! ¡Sí creo en Dios, sí creo en Dios! ¡Me está dando un infarto, Lola!
Lola.- ¡Es tu celular idiota!
María.- ¡Qué!
Lola.- ¡Tu celular, lo traes en la bolsa de la chamarra!
María.- Ah... Sí, aquí está. Perdón. (Contesta) ¿Bueno?... (Pausa) Sí, ella habla... (Pausa) Sí... ¡Sí, es mi obra!.... ¡Sí!.... (Silencio) ¿Una mención? Ah..... (Pausa) Sí, claro que me da gusto.... Es sólo que..... (Silencio) No, sabe qué, no me da gusto, me cagan las menciones, ya tengo muchas pinches menciones, de hecho tengo puras menciones, así es que pueden mucho meterse su mención por el culo.
(Silencio)
Lola: ¿Otra mención?
María: Sí...
Lola: Siempre dices que el teatro no es una competencia.
María: ¡Pero yo quiero un puto premio, Lola!

XXIX.

María:
Desde chico, mi papá quiso conocer Europa.
Papá.- Hay un pueblo en Italia, Piamonte, donde podemos rastrear, María -óyelo bien- rastrear nuestro origen. Quizá, María, al llegar a ese pueblo al pie de esas montañas encrespadas, formado de arrozales y llanuras que se extienden hasta

donde alcanza la vista, uno sienta que está volviendo a casa, después de doscientos o trescientos años.

Yo le dije que cuando me ganara un premio, que no estuviera muy jodido, le compraría un boleto hasta Piamonte.

Pero antes se murió.

Y yo igual nunca pude ganar un premio.

Mi papá nunca se había sentido en casa.

Un día Lola me llamó a las tres de la mañana.

María.- ¿...Bueno?

Lola.- ¿Qué haces?

María.- ¿Qué voy a hacer, imbécil, son las tres de la mañana?

Lola.- Ya. ¿Estabas soñando?

María.- ¿Qué carajos quieres, Lola?

(Pausa)

Lola.- Vi a tu papá con otra. Ella tenía nuestra edad, María.

A Lola le molestó que yo no hiciera nada al respecto, pero los asuntos de mi papá y de mi mamá, le dije, son de mi papá y de mi mamá.

Aunque nos dejara para irse a vivir con una chica dos años más chica que yo.

Cuando le dijeron que tenía cáncer en el estómago, que había hecho metástasis a los pulmones y que no había nada que hacer,

Regresó a la casa, mi mamá lo perdonó y vivieron juntos hasta sus últimos días.

Eres el amor de mi vida, fue lo último que le dijo a mi mamá con lo que le quedaba de estómago.

Y mi mamá le besó la frente, con la boca palpitante y los ojos hinchados de llorar.

XXX.

María: Levanta el dedo.

Lola.- El único dedo que voy a levantar es el medio para expresarte lo que pienso de este viaje.

María.- Nadie sabrá que estamos pidiendo aventón.

Lola.- ¿En medio de la nada, al lado de la carretera? ¿Qué otra cosa íbamos a estar haciendo, viendo la maldita luna? Este viaje es estúpido, María. Rómulo se fue con la otra María simplemente por ser otra María; y la otra María, cuando te vea, pensará que tú eres la otra María, y entonces sí, todos te tomarán por la versión pirata, menos yo.

María.- Hace rato estabas menos optimista.

Lola.- Hace rato no tenía un día entero caminando sin comer.

María.- Levanta tu pulgar, ahí viene un carro.

XXXI.

María:

José y Jesús remolcaban autos chocados desde Arizona para venderlos en su país:

Jesús: ¿A dónde van?

María: Aquí nomás a Guatemala.

Jesús: Pues nosotros vamos aquí nomás a El Salvador.

Habían sido militares durante la Guerra Civil; ahora eran desempleados que reparaban carros americanos para venderlos.

Jesús: Tenemos 48 horas para cruzarlos por el país, si no perdemos los permisos. A través de los caminos que sorteaban la selva chiapaneca, Jesús nos habló de la guerrilla en su país.

Jesús: Los del frente nos llamaban traidores.

María: ¿Los del frente?

Jesús: Los del FMLN, los guerrilleros, decían que éramos traidores todos los de la Fuerza Armada. Pero todo el pleito en realidad era entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Te metías a la Fuerza pa tener trabajo. Igual nos matábamos entre nosotros. Nos disparábamos de un cerro a otro.

Durante días, murmuró.

Jesús: Caía uno aquí. Caía otro allá.

Durante días, volvió a murmurar.

Jesús: En eso consistió la guerrilla, en estarnos disparando de un cerro a otro. Estados Unidos enviaba un millón de dólares diarios para mantener la guerrilla. Un millón. Diarios. Cuando terminó la guerrilla, militares y los del frente éramos vecinos, y nos peleábamos porque alguno no pagaba la cuota para poner el drenaje. En eso acabó todo.

En eso acabó todo.

Después hablamos de su mujer, de la que se estaba divorciando.

Y de sus hijos que iban mal en la escuela.

Pasamos la noche viajando.

Llegamos a la frontera poco después del amanecer.

Antes de cruzar la frontera de Talismán, en Chiapas, Lola les preguntó si iba a necesitar el pasaporte que había dejado en su casa.

María: ¿Eres estúpida, Lola?

Lola: No sabía que se necesitaba pasaporte

María: ¡Es otro país!

Lola: ¡Es Guatemala!

Conseguimos un permiso provisional por un día. Suficiente para hacer lo que fuera que fuéramos a hacer en Guatemala.

José y Jesús nos dejaron en la carretera que iba hacia la capital.

Y nos dieron cien quetzales, yo no sé por qué.

Quise decirle a Jesús que las cosas con su mujer irían mejor, y que sus hijos se enderezarían.

Pero no pude mentirle.

Cuando se fueron, caímos en la cuenta de que no sabíamos bien a bien en dónde estaba Rómulo.

Intenté llamarlo pero ya no había señal.

María en un teléfono público.

María: Mamá soy María. Escucha, estuve fumando hachís de Amsterdam y estoy un poco confundida. ¿Exactamente a qué parte de Guatemala iba? (Pausa) ¿Lago de qué? (Pausa) ¿Pantitlán? (Pausa) Atitlán. (Pausa) ¿Y sabes a qué carambas iba? (Pausa) Sí, pero Rómulo a qué iba. (Pausa) Fotografiar luciérnagas... Mira.... Hijo de puta. (Pausa) No mamá, estoy bien. Sólo estoy un poco confundida. (Pausa) Sí, igual. (Pausa) Ya mamá, sabes que no me gusta decirlo. Ya, adiós.

XXXII.

María y Lola, delante de un autobús.

María: ¿Pantitlán?

Lola: Atitlán.

María.- ¡Atitlán!

Chofer.- ¡Panajachel!

Lola.- ¡Atitlán!

María.- Esto es un crucigrama.

Lola.- ¡Nosotras vamos a Atitlán!

Chofer.- ¡Panajachel está en Atitlán, es el pueblo que está en el lago!

Viajamos con europeos que iban sentados y guatemaltecos que iban de pie.

A través de caminos lodosos que serpeaban la montaña hasta el lago de Atitlán.

Al llegar, en el embarcadero, un niño nos ofreció marihuana por cincuenta quetzales y luego nos explicó que todos los pueblos del lago habían sido nombrados como los apóstoles.

Rómulo estaba en Santiago de Atitlán.

A veinte kilómetros de donde estábamos.

Por veinte quetzales, que Lola regateó a quince, el niño se ofreció a llevarnos en su lancha.

El lago se rompía bajo nosotros.

La lancha saltaba de cuando en cuando,

Con las pequeñas ondas que se hacían en el agua.

Y había que sujetarnos fuerte de los bordes.

Y conforme nos acercábamos,

Pensaba en Rómulo.

¿Por qué quería verlo?

No sabía que iba a decirle cuando llegáramos.
Es algo en lo que no había pensado hasta ese momento.
Se suponía que había viajado al fin del mundo para no volver a verlo.
¿Qué hacía subida en esa lancha?
Sólo anhelaba decirle lo mucho que estaba enojada.
La culpa que tenía él de todo.
Lo llena de reproches que me tenía.
Lo llena de coraje.
De rencor
Lo... Lo... ya no sabía qué más.
Sólo, después de todo, quería extender la pelea.
Hasta donde se pudiera
Para seguir con él
Aunque fuera de esa manera.
Y entonces se me vino a la cabeza, yo no sé por qué carajos, la imagen de un
pato, caminando en una banqueta.
Un pato caminando en una banqueta...

(Silencio)

Santiago de Atitlán, gritó el niño apuntando con el dedo.
Y, sin calcularlo, señaló a Rómulo y a mi otra yo, en el borde del muelle,
contemplándose el uno al otro.
Apaciblemente.
María: ¡Frena! ¡Frena!
Lola: ¡No es un carro, imbécil!
María: ¡Detén la lancha! Detén la lancha, por favor. Por favor oríllate.
Me arrojé al lago y comencé a nadar.
Lola y el niño pasaron a mi lado, observándome con pena, y me esperaron en la
orilla.
Hasta aquí son diez quetzales, ¿no? Le dijo Lola al niño.
Y se tiró junto a mí.

(Silencio)

María: Siempre había creído que Noruega era el fin del mundo, Lola.
Lola: ¿Noruega?
María: Por eso me fui a Bergen. Pero en Bergen me sentía más cerca de todo que
nunca. Este es el fin del mundo, Lola.
Lola: ¿Guatemala?
María: Este momento. Para mí aquí termina el mundo.
Lola: ¿En Guatemala?
María: ¡No en Guatemala, Lola! En... Nicole Kidman. Nicole Kidman es el fin del
mundo. (Silencio) ¿Qué voy a hacer con ella, matarla? Es mejor que yo. ¿Viste
cómo la miraba Rómulo? No recuerdo que me haya visto así nunca. Mi mamá
también parecía más contenta. Yo sólo quiero ser una mejor persona, Lola, pero

no puedo. Ya hay mucho que corregir. Nicole Kidman sí puede. (Pausa) Yo sólo quiero ser un pato, caminando en la banqueta.

Lola: ¿...eh?

María: Aquí termina el viaje.

Aquí termina el viaje, le repetí a Lola en un murmullo.

De pronto, como ese cielo dividido entre México y Guatemala, todo fue muy claro.

Me alejé sin titubear. Detrás de mí, Nicole Kidman y Rómulo se besaban. Lola no entendía nada.

Yo no sería más María Celorio.

¿Pero quién sería ahora? ¿Nicole Kidman? Tampoco me gustaba el nombre.

Tendría que buscar otro.

Lola: Espérame, idiota.

Al cruzar la frontera nos detuvimos en un teléfono público.

María.- Préstame monedas.

Lola.- Aquí ya tienes señal.

María.- Casi no tengo crédito, quiero dejar un poquito por si alguien me llama.

Lola.- ¿A ti?

María.- Uno nunca sabe. Préstame monedas.

(María marca. Espera)

María: ¿Mamá? (Pausa) No, mamá, estoy bien. (Pausa) Escucha... Estoy con Rómulo, nos vamos a quedar un par de días más. (Pausa) No lo sé, un par de semanas... (Pausa) ¿Mamá, escucha, puedes depositarme un poco de dinero? Nos quedamos sin nada. (Pausa) No, no, con eso es suficiente, sólo necesitamos para el autobús de regreso. (Pausa) Gracias. (Silencio) Lamento haberte dicho "a la mierda", mamá. (Pausa) Igual. (Pausa) Sabes que no me... (Pausa) Yo también te quiero.

XXXIII

María y Lola, frente a un cajero.

Lola.- ¿Ya está el depósito?

María.- Ya.

Lola.- Saca todo, no vaya a ser que...

María.- Sí.

Lola.- Hay un autobús que sale ahorita hasta a Veracruz.

María.- Toma, compra tu boleto.

Lola.- ¿Y tú?

Permanecí en silencio.

Lola me miró un momento y sonrió. Después sacó un bulto de su mochila.

Lola.- Toma.

María.- ¿Qué es esto?

Lola.- Mi jorongo de lana.

María.- Es espantoso.

Lola.- Siempre voy a ser tu mejor amiga.

María.- No tengo más amigas, Lola.

Lola.- Sí, pero qué le vamos a hacer.

(Lola toma a María por el rostro y le besa un ojo. Después se va. Suena el celular de María)

María.- ¿Bueno? (Pausa) Sí, ella habla. (Pausa) Ajá (Pausa) ¿En serio? (Pausa)

Negra, sí. La llantita... Ajá, de ladito. (Pausa) María Celorio (Pausa) Macadamia

82, colonia.... No, espéreme. Espéreme. (Silencio) Señorita... ¿Es posible que envíen mi maleta a una estación de autobuses?

XXXIV.

María:

El rechinido de la llantita de mi maleta, rodando por el muelle.

Las palmeras encorvadas,

Las paredes agrietadas,

Las ventanas desvencijadas,

La gente sacando escombros de sus casas,

El murmullo del río.

El sol, al fondo,

Expirando lentamente.

Mis pasos cruzando la Plaza de San Marcos,

Los latidos de mi corazón

Mis manos húmedas,

La llantita de mi maleta, doblando en la esquina,

Girando tropezadamente

Yéndose de... ladito.

Me detengo al pie del taller de jaranas de Ramón.

Siento un pellizco en la boca del estómago

Mis piernas vacilan

Mi respiración se agita

No tengo miedo

En medio de ese pueblo derrumbado, Ramón Cano interrumpe su trabajo,

Ramón Cano voltea

Ramón cano,

Al encontrar mi mirada

Sonríe

Con sus dientes medio chuecos.

No espero nada.
Probablemente tampoco sea él.
Probablemente en un punto habrá que soltar.
Sé que todo esto dolerá
Sé que quizá todo vuelva a estar jodido
Y qué más da.
Vendrán los días buenos
Como las luciérnagas
Intermitentemente
Y eso bastará
Eso bastará.

Alejandro Ricaño. Correo electrónico: alejandroricano@hotmail.com

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires, 2013.

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar.
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar